



## Fiesta de la Inmaculada 2009

En medio de la oscuridad y del pecado, que envolvía a la humanidad, Dios hizo la primera promesa de Victoria, que surgiría de la misma descendencia de Eva (Gen 3,15).

Los profetas anunciaron después que esta promesa se habría de realizar en la Virgen que dará a luz al Hijo que se llamará Emmanuel (Is 7, 14; Miq. 5,2-3; Mt 1,22-23).

Estas promesas encontraron su cumplimiento cuando María, la Virgen de Nazaret, fue elegida y bendecida por Dios para ser la Madre de su Hijo. Cuando el Espíritu Santo toma carne de María, y la transforma en humanidad perfecta del Hijo de Dios, llega a su plena realización el designio salvador del Padre respecto de sus hijos dispersos por el pecado. El Hijo de Dios nacido de María ha venido para rescatar a los que estábamos bajo la Ley y hacernos partícipes de su condición de Hijo, a fin de que por la comunión con él seamos santos e irreprochables ante el Padre en el amor.

El Espíritu Santo ha iluminado el sentido de fe de los fieles y, en comunión con los pastores de la Iglesia, los ha mantenido a lo largo de los siglos en la firme convicción de que Dios ha llenado a María con su gracia y, por los méritos del que sería su Hijo, la ha redimido de modo eminente y la ha preservado de la herencia del pecado original, que consiste en la privación de la santidad y la justicia que Dios había otorgado al hombre en el origen. Así, desde comienzo de su existencia, María ha participado plenamente de la salvación de Cristo. Por ello, en cada celebración anual de la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Virgen María damos gracias a Dios y confesamos que en María ha dado inicio a la nueva era de gracia, y ha cumplido su promesa de dar a la descendencia de Eva la victoria sobre el mal y el pecado.

Aun después de esta victoria, experimentados todos a diario lo que significa tener muy poca fe, una esperanza demasiado vacilante, un amor muy frío. Comprobamos que muchos impulsos para hacer el bien los vamos dejando olvidados, que tantas promesas las dejamos incumplidas. Se apodera de nosotros la indiferencia de forma creciente ante las situaciones de dolor de tantos semejantes, de lejos y de cerca. En ocasiones desearíamos perdonar de corazón, pero lo hacemos sólo exteriormente. Nos gustaría ser sinceros del todo y aparecer como realmente somos, pero somos víctima de nuestros temores y nos lo impiden la vanidad y la soberbia. Admiramos a quien tiene valor y nos plegamos de forma cobarde a las circunstancias. Alabamos el desinterés y no somos capaces de dejar de pensar en nosotros mismos. En nuestros labios está siempre el discurso de la justicia, pero tantas veces no vamos más allá de la reivindicación de nuestros derechos. Desearíamos ser pacientes, pero el genio no nos deja. Querríamos liberarnos de ciertas dependencias de consumo que nos dañan, pero volvemos a dejarnos llevar en cuanto se presenta la ocasión. Nos sentimos impotentes para el bien y nos acomodamos a lo que hacen todos. Amparados en el mal de muchos,



aceptamos con resignación y hasta con tranquilidad de conciencia nuestras flaquezas. En pocas palabras: queremos ver y sin embargo estamos ciegos; queremos caminar y nos sentimos paralizados; queremos escuchar, pero nos hacemos los sordos; tenemos como ideal de vida el amor y no somos capaces de vencer el egoísmo. Como decía el Apóstol Pablo: estamos interiormente divididos y no hacemos el bien que queremos, sino el mal que no queremos. ¿No puede ser la anterior descripción una buena imagen de las consecuencias de lo que llamamos pecado original? ¿Quién nos librará de esta situación de muerte?

Si en cada uno de nuestros actos fuéramos enteramente nosotros mismos, no se daría esta situación; no existiría una decisión a medias favor de Dios, ni una decisión a medias en contra de Dios: lo bueno y lo malo serían bueno y malo totalmente, no a medias. Habría un pecado total o una santidad total; un no pleno o un sí pleno y perfecto, no un sí pero no. En cambio, lo propio de la situación del hombre caído es el sí el y el no a medias.

La cultura moderna ha querido resolver estas rupturas del hombre con el recurso a la psicología, a la justicia social y a la ética. Pero ha cerrado toda posibilidad de buscar en la religión y en la relación con Dios el surgimiento del hombre nuevo. El hombre autónomo y mayor de edad tendría que dar respuesta desde sí mismo a estos problemas que le aquejan. Así que se ha perdido el paraíso y se procura que nadie sienta añoranza de él. Para ello se nos quiere enseñar que todo lo que hacemos sería bueno, si lo hacemos libremente, queriéndolo de verdad. Se recela de toda verdad que sirva de referencia incondicional para la existencia humana y de la norma que pueda contrariar nuestro deseo. Se iría así a la superación de la tensión eliminando uno de los polos que la originan. Esta ceguera voluntaria es acaso la manifestación más actual y fatal de las dramáticas consecuencias del pecado original.

Sobre la concepción de María sin pecado original no hay afirmaciones explícitas en la Revelación divina. Pero la Escritura nos ofrece referencias de una actuación de María que, igual que las obras de Jesús, da testimonio de absoluta fidelidad a la voluntad del Padre y estar libre de la ruptura y división interior que angustia a la generalidad de los humanos. En principio habría sido posible que una persona a la que Dios preguntó si quería ser la Madre del Redentor hubiera contestado con “sí” a medias o de forma negativa. Pero en la Sagrada Escritura no se manifiesta ninguna actuación de María en la que pudiera verse alguna de las consecuencias del pecado original, tales como el abismo entre aquello que queremos y aquello que hacemos efectivamente.

María, lleva a perfección la esperanza del Antiguo Testamento, acerca del «Resto santo» que cumple la Ley de Dios, es decir, la voluntad de Dios. María, La hija de Sión, es ese «Resto santo», que testimonia que la Alianza de Yahvé con Israel no es un fracaso total. La Alianza ha venido preparando y haciendo posible aquella fidelidad a la voluntad de Dios, de la que Lucas da testimonio en la escena de la Anunciación, refiriéndose a María. Y en esa escena, María dice: «Aquí está la esclava del Señor, ¡que se cumpla en mí tu palabra!».



San Pablo, la carta a los Romanos, define al «Resto» como señal de que Yahvé no interrumpió jamás su fidelidad a la Alianza. El apóstol hace referencia a los siete mil que en tiempo de Elías se negaron a doblar sus rodillas ante Baal. Y acentúa que un determinado «resto» siguió manteniendo también más tarde su fidelidad a la Ley. Cuando los Padres del siglo II designan ya a María como la «nueva Eva», y dan a entender con dicha imagen la absoluta fidelidad de María a la voluntad de Dios, lo hacen porque la Sagrada Escritura misma habla de manera incesante del «Resto santo», que hace posible la venida del Redentor.

Por tanto, la total carencia de pecado de la Madre de Dios no significa que ella haya quedado separada de la historia de Israel, sino todo lo contrario: María se encuentra dentro de la historia de salvación de Israel. Ella es el «Resto santo», en el cual la «Antigua Alianza» llega, a pesar de todo, a su fin. La gracia que hizo posible que María pronunciara un «sí» perfecto e inmaculado a la voluntad de Dios, no le fue concedida al margen de la historia del Pueblo de Dios, de manera puramente privada, sino que esa gracia del todo singular ha sido concedida por la mediación del Pueblo de la Alianza, es decir, por medio de Israel.

En María se ve claro que ella es enteramente obra del Señor; y sin embargo, se puede decir también de María que ella, como judía fiel a la Ley, es enteramente santa, en el sentido de la entrega libre de su voluntad a la voluntad de Dios por amor. En efecto, Alianza significa que el Señor quiere que su pueblo Israel sea un sujeto activo, que responda libremente a su amor.

María acogió en su corazón y en su seno a la criatura en la que Dios se había configurado a sí mismo como hombre, y María lo hizo sin resistencia alguna, sin limitación alguna. María carecía de pecado, y siguió estando sin pecado; por tanto, también sin aquella escisión interna que hace que todo nuestro decir, pensar y actuar sean imperfectos. Por esta razón, la Iglesia confiesa acerca de María que no sólo su vida, sino también su muerte, se vio exenta de las consecuencias del pecado, de la ruptura entre lo que deberíamos o desearíamos ser y lo que somos de hecho. Por ello, también la muerte de María y su ascensión al cielo fue un tránsito perfecto a la más íntima comunión con Dios.

María es la mujer perfecta, sin mancha e inmaculada; es el proyecto ideal que Dios tuvo del ser humano desde la eternidad. En María, el concepto de la criatura libre no se vio turbado por ningún pecado. Pero es oportuno preguntarse: ¿En qué me atañe eso a mí? ¿En qué me afecta a mí, a mi vida de cada día? Dicho de otra manera: ¿Qué habría sucedido si María hubiera dicho «no», en vez de decir «sí»?

Desde luego, es una pregunta teórica, ¡pero, a pesar de todo, una posibilidad real! Los Padres de la Iglesia llaman a María la «nueva Eva», porque ella, a diferencia de la primera Eva, dijo «sí» en vez de decir «no». Así como el primer pecado, es decir, el primer «no» de un ser humano, tuvo consecuencias para todos los descendientes, lo



mismo sucedió a la inversa con lo que es totalmente lo contrario del pecado: con el « sí» de María, que fue un « sí» perfecto, que no estaba limitado por ninguna división interior. María, en la hora de la Anunciación, en la hora de la gran decisión de su vida, pronunció un sí absoluto y total a Dios en representación nuestra. Ella está como nuestra madrina junto a la pila bautismal de nuestra propia redención. Ella es, para todos los seres humanos, la puerta de acceso al Redentor, desde el momento en que ella se convirtió en la puerta de acceso del Redentor para llegar hasta nosotros los pecadores. María no es sólo Madre del Redentor, sino también «imagen primordial de la Iglesia» que da su sí fiel a su Señor. María es Madre de Jesucristo no para sí misma, sino para nosotros. Ella es lo contrario del pecado: no es para sí misma, sino para nosotros.

Es cierto que María es una privilegiada, una preferida y llena de la gracia de Dios e inmaculada desde el inicio de su existencia. Es cierto que nosotros, también los redimidos por Cristo, a diferencia de María, estamos marcados por la herencia del pecado de Adán, que permanece en nosotros como un resto del hombre viejo. Por ello llevamos inherente en nosotros la escisión entre el ideal y la realidad, que se hace más profunda por cada pecado personal añadido. Pero si al menos tratamos de pronunciar, a imitación de María, el “sí” que ella pronunció y decimos más a menudo “sí” que “no”, seremos como María personas del Adviento de Dios.

Cuando somos capaces de aceptar decepciones sin sentirnos amargados, vivimos en el seguimiento del «sí» pronunciado por María. Cuando nos atrevemos a confesar la culpa, a no quitarle importancia, y a comenzar el camino espinoso que conduce a la conversión; y cuando perdonamos la injusticia que hemos sufrido, entonces vivimos en el sí de María. Cuando buscamos el rostro de Jesucristo en el rostro de nuestro prójimo, por ejemplo, en un rostro desfigurado por la angustia, la soledad o la culpa, entonces vivimos en la gracia como María. Cuando vencemos la codicia con el amor generoso y elegimos libremente la pobreza y la sobriedad de vida, damos testimonio de la llegada del Reino de Dios. Cuando pedimos la gracia de un corazón limpio mantenemos como ideal la virginidad castísima de María, somos testigos del amor liberador de Dios. Cuando comprendemos la unión matrimonial del hombre y la mujer como un sacramento del amor entre Cristo y su Iglesia y acogemos la vida como un don misterioso de Dios y la cuidamos y respetamos hasta entregarla libremente a Dios en la muerte, para que encuentre su plenitud en la comunión de amor eterno con Él, estamos siendo realización de la nueva creación iniciada por Dios en María. Cuando en todas las circunstancias de la vida amamos la voluntad de Dios más que la nuestra y ofrecemos al Señor el sacrificio de nuestra libertad, para seguirle con total fidelidad, estamos diciéndole en verdad como María: “Hágase en mí según tu palabra”. Así vivimos de la gracia de Dios.

Salamanca, 8 de diciembre de 2009